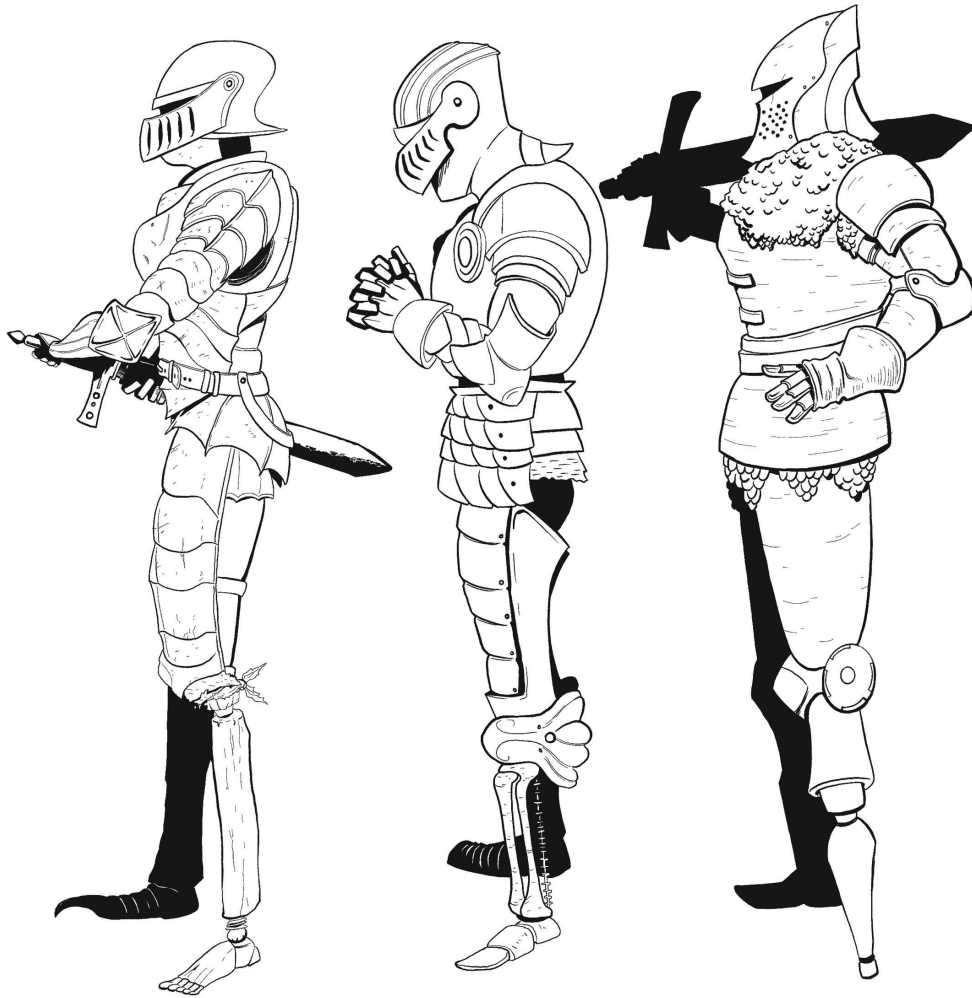


Autor: Abilio Ayuso
LOS DISTINGUIDOS

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Metáfora que puede adaptarse a los tiempos actuales. 14

En la escuela de mi hijo adolescente, se estableció la costumbre de que, una vez a la semana, acudía uno de los padres a comentar frente a toda la clase un tema de actualidad, con el objetivo de que los alumnos tomaran contacto con las opiniones de adultos que no fueran ni profesores, ni de su propio entorno.

Cuando le tocó el turno a nuestra familia, mi mujer se escurrió como una anguila y me pasó a mí el testigo, por lo cual cargué con el compromiso de ir a disertar ante toda la clase.

El tema que me había correspondido no era precisamente una perita en dulce, se trataba de hablar del fenómeno LGTBI, pero como no soy cobarde, agarré el toro por los cuernos y me enfrenté a un público bastante expectante:

Lo primero que dije fue: “Dado que este es un tema polémico en el cual, diga lo que diga voy a molestar a alguien, me limitaré a explicar una historia medieval”.

Enseguida una cría pizpireta argumentó: “Pero es obligatorio hablar del tema que corresponde”.

“Lo sé, y lo haré, pero a varios niveles, quienes no tengan ganas de pensar, pueden quedarse con el cuento, pero quienes sean listos y sepan leer entre líneas podrán sacar sus propias conclusiones, y ahora hacer el favor de no interrumpirme, guardad las preguntas para cuando haya finalizado”.

HISTORIA DE LOS DISTINGUIDOS

Hace siglos existía un reino, en donde el rey amaba profundamente a su esposa, pero sufría, junto con toda la corte, porque no conseguía que ella le diera un heredero a la corona.

A su sobrino, a pesar de su tierna infancia, ya le iban explicando que, de seguir así las cosas, él sería el próximo rey cuando su tío falleciera.

Pero finalmente la reina quedó embarazada para alegría de todos, excepto del sobrino, claro está.

Llegó el día del parto y las noticias fueron terribles, la reina había fallecido sin que los médicos de la corte pudieran hacer nada por ella.

Maltrecho de dolor el rey preguntó con un hilo de voz: “¿Y mi hijo?, ¿Al menos él ha sobrevivido?”.

“Si majestad, es un varón y se le ve sano y robusto, pero...”.

“¿¡Pero qué!?”. Gritó el rey.

“Pues que desgraciadamente ha nacido tullido, invalido, está cojo de una pierna que le falta por completo”.

El rey aulló rojo de ira: “Al próximo que para referirse a mi hijo diga las palabras: Cojo, inválido o tullido haré que le apliquen cien azotes, él no es inválido porque lo mismo es tener una pierna que dos, él simplemente es distinguido con una rareza que le hace diferente a los demás y le aleja del vulgo, pero podrá hacer las mismas cosas que cualquier otro caballero, igual o mejor aún si cabe”.

Rápidamente se promulgó un edicto real diciendo que cualquiera que se refiriera como inválidos a los nacidos sin una pierna sería azotado, porque ellos eran distinguidos con un don especial.

El príncipe fue creciendo convencido de que poseía una facultad casi única que le hacía incluso mejor que los demás.

Funcionarios de la corte buscaron por todo el reino a los pocos niños que habían nacido con aquella cualidad, los cuales fueron trasladados a palacio donde se habilitó una zona para que fueran educados en todas las artes de la caballería para que más adelante llegaran a formar la guardia real de los distinguidos.

Los mejores artesanos del reino se esforzaban en fabricar prótesis en diferentes materiales para adaptárselas al príncipe y su séquito de distinguidos.

Y así transcurrieron los años con las palabras: Cojo, inválido o tullido totalmente censuradas para referirse a los llamados distinguidos, sólo la plebe los nombraba en esa forma cuando cuchicheaban en el interior de sus moradas, pero en voz baja por miedo de que alguien los escuchara.

Solamente el sobrino, que al fallecer sus padres prematuramente se había educado junto al rey, se atrevía a decir a veces en broma cuando estaba a solas con éste: “¿Dónde está hoy mi primo el cojo?, ¡Huy!, quiero decir el distinguido”.

“El rey ponía cara de enfadado y contestaba: “No seas malo o cuando me pidas una espada o caballo nuevos te diré que te los compre tu tía”.

Finalmente, el rey falleció y el príncipe fue coronado con todos los honores esforzándose en aparentar que tanto él, como sus caballeros distinguidos, podían hacer cualquier cosa igual o mejor que los demás.

Incluso los bailes de palacio se adaptaron de forma que los distinguidos pudieran seguirlos sin problemas.

Así continuó la vida en la corte sin grandes hazañas ni menesteres, hasta que en una ocasión, el Rey comunicó al chambelán que iría a cazar a los bosques de más al norte ya que allí no acudía nadie y estaba seguro de que habría una caza excelente.

El chambelán le dijo con toda prudencia: “Majestad, precisamente no va nadie dado el peligro, ya que limitan con un reino enemigo nuestro”.

“No temas, no iré sólo, llevaré a toda mi guardia real de distinguidos”.

Así fue como tras una larga cabalgadura llegaron al límite del bosque, que por enmarañado no permitía el paso a caballo, desmontaron dejando unos peones a cargo de las cabalgaduras y se adentraron entre la maleza.

Caminaron durante un buen trecho sin ver apenas ninguna pieza de buen tamaño y preguntándose qué es lo que habría espantado a los animales, cuando de repente se toparon con un destacamento del país contrario.

La guardia de los distinguidos hizo gala de valentía haciendo frente al enemigo para dar tiempo a que el rey y sus dos generales, también distinguidos, pudieran huir, pero con desventaja de diez a uno no pudieron resistir demasiado.

Una vez muertos, la soldadesca corrió en persecución del rey que, por más que se esforzaba, no podía competir con su cojera con la velocidad de sus perseguidores que consiguieron alcanzarlo y matarlo antes de que por poco llegara a la linde del bosque donde aguardaban los caballos.

Los peones contemplaron de lejos el triste suceso sin poder evitarlo, por tanto, montaron y partieron al galope llevándose todos los corceles hasta el próximo castillo donde comunicaron la triste noticia.

Una vez organizadas las consecuentes expediciones de castigo contra el enemigo y para recuperar el cuerpo del fallecido monarca, pasado el tiempo de duelo, se celebró la coronación del sobrino.

En la primera reunión plenaria de la corte, el chambelán dijo ceremoniosamente: “Majestad, desgraciadamente falleció toda la guardia real de distinguidos, pero no os preocupéis porque tenemos en reserva una

serie de adolescentes y mancebos que llevan preparándose desde niños y que en un año o dos podrán formar una nueva guardia real de distinguidos”.

El rey, con cara de pocos amigos respondió: “Me gusta que se llame a las cosas por su nombre, son cojos y no son apropiados para formar una guardia real, por tanto, buscarás entre los soldados más altos fuertes y valientes los suficientes para formar un nuevo destacamento”.

El chambelán dijo casi con un balbuceo: “Pero majestad... ¿Y qué será de esos pobres muchachos que llevan formándose en palacio desde su tierna infancia?”.

“Esos muchachos merecen todo nuestro respeto y ayuda, pero teniendo en cuenta que poseen una deficiencia, por tanto, ni se les insultará ni se les llamará esa estupidez de distinguidos, lo que haremos es ofrecer una bolsa de oro para aquellos artesanos que acepten acoger uno y enseñarle un oficio adecuado que puedan desarrollar, como alfareros, herreros, orfebres, carpinteros o curtidores, pero no albañiles que deben trepar por andamios y escaleras”.

El pueblo respiró aliviado al saber que ya podían llamar cojos a los cojos sin el temor de sufrir cien latigazos y elogiaron al nuevo rey por su sentido común.

A partir de entonces, una vez derrotado el enemigo del norte se abrió una época de paz y prosperidad en aquel reino comandado por el sabio y prudente rey.

FIN DE LA HISTORIA

“Bueno, ¿Qué os ha parecido el cuento?”.

Rápidamente la niña pizpireta respondió: “Está bien, pero no tiene nada que ver con el tema que tocaba hoy”.

“Eso es porque has hablado sin reflexionar, ¿Qué tema tocaba hoy?”.

“Pues los gays, por ejemplo”.

“¿Y puedes definirme que es un gay?. Es más, imagina que yo pertenezco a una tribu perdida en la Amazonia, donde por la razón que sea no existen los gays ni han oído hablar nunca de ellos, estableceremos un diálogo en que tú debes explicarme qué son”.

“Y si eres de una tribu perdida... ¿Cómo es que hablas español?”.

“Pues hablo perfectamente el castellano porque me educó un misionero de Valladolid, que sin embargo nunca me habló de este asunto, ahora oigo la palabreja y te pregunto qué significa, respóndeme y yo haré el papel de nativo”.

“Pues... Es alguien con ideas y gustos diferentes”.

“Ha, ya sé, alguien que no le gusta la caza, en mi tribu hay algunos”.

“No, no es eso, es un hombre al que no le gustan las mujeres”.

“Si, también hay alguno en la tribu, dicen que las mujeres hablan demasiado y se quejan por tonterías, pero luego cuando tienen su propia mujer aseguran que ella es diferente”.

“Tampoco es eso, son hombres a los que les gustan los hombres”.

“¿Para ir a cazar, emborracharse y gritar?”.

“Tampoco, es para hacer el amor entre hombres”.

“Entonces... Son hombres con alma de mujer”.

“Bueno... Si, tal vez algo así”.

“Pues pobrecillos, deben sufrir mucho, porque como a los otros hombres les gustan las mujeres no encontrarán con quien hacer el amor”.

“Si que encuentran, porque lo hacen con otros de su misma clase”.

“Claro, pero tendrán que conformarse con otro hombre que también tenga espíritu de mujer, y no con un hombre completo, ¿Eso no les hace sufrir?”.

“Eso ya no lo sé”.

“En resumen, son hombres que nacen con un defecto psicológico como los tartamudos”.

“Pues no, en el colegio nos enseñan que ser hétero u homo es una opción más, tan válida la una como la otra”.

“No será tan válida cuando les impide tener descendencia con su pareja, el misionero me hablaba de los animales salvajes y me explicó que un científico vuestro, un tal Darwin, decía que cuando un espécimen nace con un defecto, la propia naturaleza hace que le sea más difícil reproducirse”.

“Si, tal vez, pero en el colegio nos enseñan que ser gay no es ningún defecto”.

“Bien, dejo el papel de bosquimano: Pues ahora ya puedes sustituir al colegio y la sociedad occidental, por aquel primer rey del cuento, y a los gays por los distinguidos que teóricamente eran tan válidos como cualquier otro porque según decían, nacer con una sola pierna era una opción más. Daros cuenta de que, en la sociedad, en tema de costumbres funciona la ley del péndulo, que cuando está muy escorado hacia la derecha y consigue soltarse, no se queda centrado, sino que se mueve excesivamente hacia la izquierda, hemos pasado de perseguir e insultar a los gays a fingir que lo suyo es absolutamente natural, y eso no es cierto”.

“¿Entonces la escuela nos miente?”.

“La escuela os educa para que podáis medrar en la sociedad actual con una cierta soltura sin que os llamen homófobos, es como cuando le decimos buenos días a una mala persona que nos cae mal, ¿Es una mentira?, es educación que sirve para que la sociedad funcione, de la misma forma que el aceite lubrica el motor de los coches, como ejemplo os diré que, a mi padre, en la escuela le explicaron la batalla de Calatañazor en la que había sido vencido el caudillo árabe Almanzor, cuando en realidad esa batalla nunca existió ni Almanzor sufrió jamás una derrota”.

“¿Y tu padre no contestó que eso era mentira?”.

“Pues, aunque lo sabía, porque se lo había dicho el abuelo, calló prudentemente, sin embargo, un compañero suyo que lo hizo estuvo castigado todo un mes sin recreo”.

“Entonces al final, ¿Cuál es la moraleja del cuento?”.

“Muy sencilla, que dependiendo en que ambiente o red social os encontréis deberéis admitir, al menos tácitamente, que ser gay o lesbiana es una opción más, tan normal como ser hétero, para no ser blanco de todas las críticas, pero sabiendo en vuestro fuero interno que no es cierto”.

FIN